

cio, los ojos fijos en aquel edificio, irregular y pobre, donde apetecían hallar acaso pan y abrigo, y la esperanza puesta en Dios, que les sonreía enviándoles como lisonjera promesa halagadora los tibios rayos del sol en el comienzo de su carrera, y los besos de la brisa, que les salía al paso para darles la bienvenida, juguetona y regocijada!

Venía él, sombrío y preocupado, vistiendo

justillo de roja tela,
aunque usada y vieja, fina;
un manto de lana, pardo,
con mangotes y capilla;
un birrete de velludo
y de orejeras caídas;
unas portuguesas botas,
más enlodadas que limpias,
y bajo el brazo, pendiente,
un zurrón, saco ó mochila,
donde un pequeño astrolabio,
una brújula marina,
un libro de devociones,
y unos pergaminos iban.

De noble aspecto, majestuoso, y de grande autoridad en su persona, aquel hombre debía llevar marcado en el semblante el sello indeleble de la predilección divina, á despecho de sus infortunios, tantas veces, hasta aquella misma ocasión reiterados; y con efecto

despejada era su frente,
penetrante era su vista,
su nariz, algo aguileña,
su boca, muy expresiva,
proporcionados sus miembros,
y su edad, si no florida,
tampoco tan avanzada
que llegase á estar marchita.

Mientras de tal suerte indumentado y caracterizado de tal manera,—como con maestría incomparable le pinta el docto du-

que de Rivas,—la imaginación representaba á aquel grande hombre,—éramos llegados ya no sin esfuerzo á la cima de la colina, y contemplaban nuestros ojos llenos de desencanto y de estupor aquella parte del Convento que soñábamos quizás aún llena de memorias de otros tiempos, sin advertir nada por acaso que su decantada antigüedad recuerde ni acredite, ni determine tampoco carácter alguno por el cual sea revelada en algún modo su historia. La restauración había sido completa; y tanto, que, seguramente por no hallarlo, no había quedado indicio, ni aun el más leve, de su antigua arquitectura, perdido acaso entre los escombros de los derrumbamientos posteriores al año 1835: una cerca, continuación de la que habíamos ya visto desde la ensenada, doblábase en ángulo recto á la izquierda, con una especie de almenilla por remate sobre la albardilla que la corona; una puerta vulgar, de mayor altura, con otras tres almenas, semejantes, perforando la cerca; luego, en varias proyecciones y con alturas distintas, diferentes cuerpos de edificio, unidos entre sí, y sobre uno de ellos, poligonal y coronada por facetada linterna, levantábase la bóveda sin duda correspondiente á la capilla mayor del templo, sucediéndose en pos otro cuerpo saliente, con cuadradas y modernas ventanas, y una puerta, la de la portería, de arco peraltado, y que parece como que en la huella del *arrabaâ* en que aquel se muestra inscripto, conserva alguna indicación por la cual pudiera acaso sospecharse de su progeie, ya mudejár, ya arábica. Otra cerca, que se dobla también en ángulo recto, señala en el extremo de la derecha el perímetro del edificio por esta parte principal del Convento.

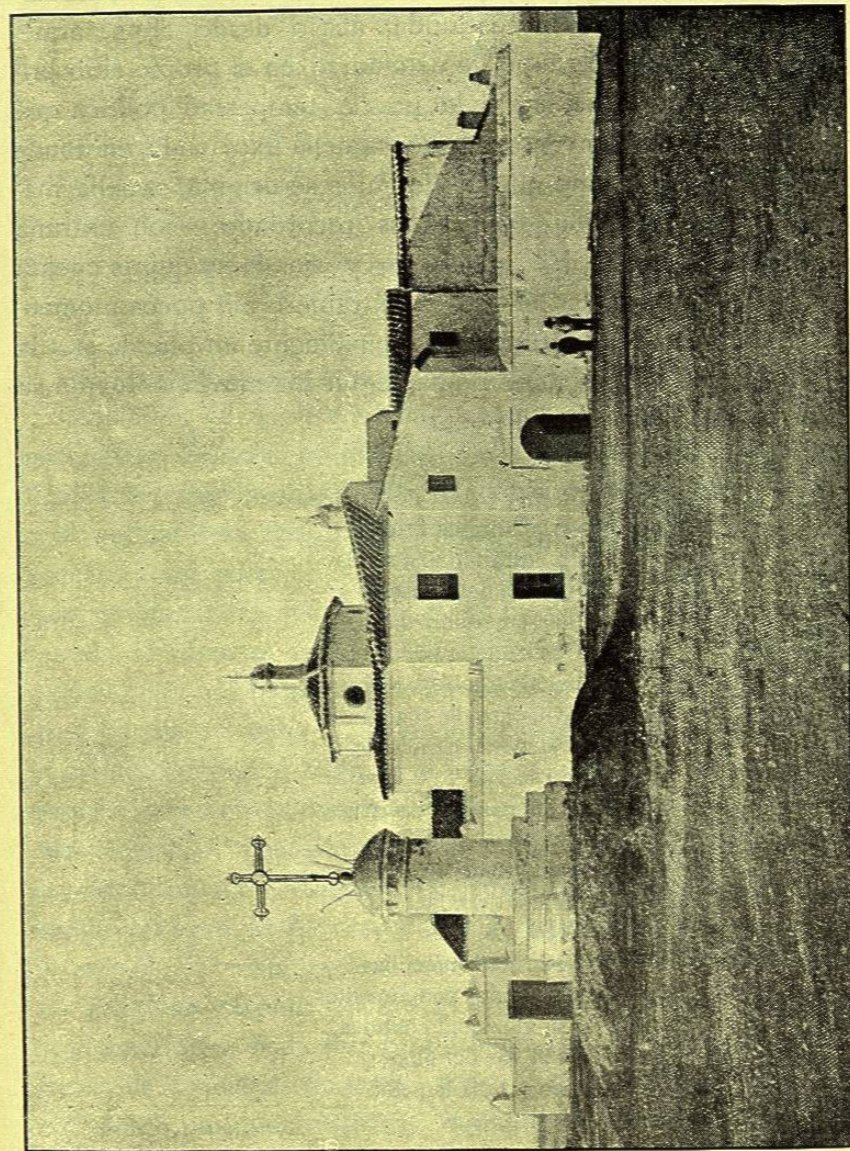
Todo, cual la fachada que habíamos contemplado hasta entonces, de blancura singular y reverberante que, á los rayos del sol deslumbra y fatiga la vista, y que, dando grande idea de la pulcritud del conserje, revela el cuidado con que á la conservación del monumento se atiende por la provincia; pero todo también, fuera de la portada descompuesta, y cuyo arco tanto pudo ser de herradura como dejar de serlo, todo tan reciente,—que el

ánimo desmaya á pesar suyo, doliéndose casi más de la restauración iniciada por los duques de Montpensier en 1854, que se dolería de las ruinas á que redujo el Convento la ignorancia, después de 1835. Hermoso es el panorama que desde la explanada que precede al Convento se disfruta: de un lado, el estero de *Domingo Rubio*, que parece un brazo de mar por su anchura; el canal de Palos; el islote de Saltés; la *Torre de la Umbría*, construída en 1577, y por último el Océano, mudo, callado, silencioso, como recogido, y al Occidente, confusa y vaga, vestida de blanco, y semejante al hacinamiento que en un puesto de feria forman esos edificios de escayola, de aguda torrecilla y ancha fachada, con ventanas y calados de transparentes de papel de colores,—la modernísima ciudad de Huelva, con sus aires de señora improvisada, que ha reemplazado totalmente por nuevos y lustrosos atavíos, los que en otras edades sirvieron de regocijo á su pobreza.

Del lado de tierra, y volviendo la espalda al Convento, crecen lozanos á la una y la otra parte, en pos de la pequeña altura donde se levanta á la derecha mísera barraca,—abundantes pinares y otros árboles de los que por allí son frecuentes; «en otros tiempos era allí la vegetación tan exuberante, que las palmeras, los naranjos, los almendros y los romerales cubrían casi del todo el monástico edificio.» «Pero en estos días de devastación, en que las continuas talas de los montes apenas dejan un arbusto en pie, todo allí ha desaparecido: hay bosques, pero en embrión; como que por maravilla se encuentra un solo árbol de mediana corpulencia: así que, en vez de aquellos hermosos frutales que tan deliciosa y amena hacían aquella mansión, únicamente se ve ahora un corto número de viñas, con algunos perales, y tal cual higuera, granado y moral» (1), de cuyo verde follaje destaca, sobre sus tres circulares gradas, cilíndrico pedestal con resaltados mútulos á manera de canecillos dispues-

(1) P. COLL, Op. cit., pág. 28.

HUELVA



LA RÁBIDA.—EXTERIOR DEL CONVENTO DE SANTA MARÍA, DESPUÉS DE LA RESTAURACIÓN DE 1855

tos como para recibir el casquete curvilíneo en que planta, abriendo sus brazos en el espacio, calada cruz de hierro, moderna, por la cual ha sido sustituida, acaso desde 1855, aquella que en otra forma hubo de ostentarse en el propio sitio primitivamente, destruida sin duda por la tempestad política que dejó en ruinas el Convento (1). Por aquella explanada, en donde halla término el camino que desde Palos se origina, aquella mañana del año de 1484, que hemos recordado,—con extraña agitación incomprensible, taciturno, y sin darse quizás cuenta de sus actos, discurría el pobre extranjero allí pocos momentos antes llegado, arrastrando maquinalmente en pos de sí á la tierna criatura, que apenas podía seguir los movimientos de su padre, quien, como dice el poeta:

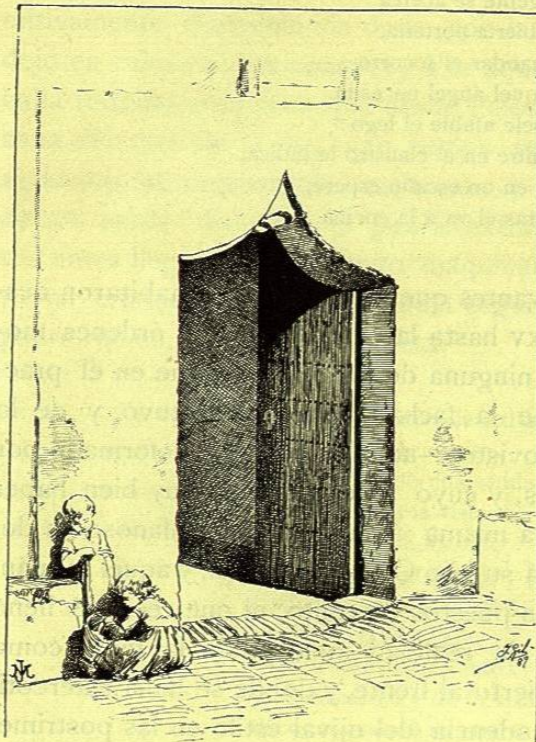
Ora por el mar de Atlante,
que rizaba fresca brisa,
como buscando una senda
giraba ansiosa la vista;
ora allá en el horizonte
de Occidente la ponía,
cual si algún objeto viera,
inmóvil, clavada, fija.
Y ya al cielo una mirada
de entusiasmo y de fe viva
daba, animando su rostro
una inspirada sonrisa,
y ya, de pronto inclinando
la frente á tierra, teñían
melancólicos colores
sus deslustradas mejillas.
De sus hondos pensamientos
y de su inquietud continua,
sacóle la voz del niño
que pan y agua le pedía:

(1) El P. Coll supone sin embargo ser esta «la cruz de yerro», en las gradas de cuyo «grueso pedestal de piedra de forma cilíndrica... es fama que se sentó Cristóbal Colón con su hijo D. Diego, á la sazón de seis ó siete años de edad, cuando en 1484 desembarcó de arribada en Palos, procedente de Portugal» (pág. 28).

pues en cuanto oyó su acento
y vió su aflicción, se inclina,
tierno le toma en los brazos,
le consuela, le acaricia,
y diligente se acerca
á la abierta portería,
á demandar el socorro
que aquel ángel necesita.
Recíbele afable el lego:
que éntre en el claustro le indica,
y que en un escaño espere,
mientras él va á la cocina.

Si los padres observantes que este Convento habitaron desde mediados del siglo xv hasta la extinción de las órdenes monásticas en España, en ninguna de las reformas que en él practicaron le despojaron de la fachada que acaso tuvo y de la cual se muestra desprovisto,—aquella portada, deformada por sucesivas restauraciones, y cuyo arco pudiera muy bien haber sido de herradura, fué la misma á la cual llegó afanoso en demanda de socorros para su hijo Cristóbal Colón, y aquel zaguán, pavimentado de ladrillos puestos de canto, el que recorrió lleno de angustia y vuelto á la realidad amarga de la vida, como aquel arco conopial, abierto al frente, y donde se halla estereotipado el carácter de decadencia del ojival estilo en las postrimerías de la XV.^a centuria, el que hubo de franquearle afable el hermano portero, deseoso de complacerle y de servirle. La huella del egregio Almirante allí á través de los siglos, de la ruina y de la restauración moderna, aparecía ostensible, y no sin religioso respeto cruzan el viajero y el artista aquella portada interior de inacostumbrada hechura por la cual sorprende y maravilla á quienes no sean otros ejemplares conocidos; pasarán, como pasamos nosotros, rápidamente por el alegre y blanqueado claustro á que da aquella portada inmediato acceso, sin que les llamen la atención en él ni las arcadas de medio punto que reciben diáfana luz del cuadrado patio, ni la atractiva pero

triste limpieza del mismo: allí las huellas de Colón se pierden ya: aquella construcción no es la misma que contemplaron con viva inquietud, llenos de esperanzas ó desalentados los ojos del



PUERTA OJIVAL EN EL ZAGUÁN DEL CONVENTO DE SANTA MARÍA DE LA RÁBIDA

insigne piloto, reemplazado el claustro, acaso ojival, aunque de ninguna suerte rico, por el restaurado en época reciente, y labrado todo él en la

XVII.^a centuria (1).

Siguiendo al conserje, nuestro guía, y traspuesta humilde y estrecha entrada, encuéntrase el segundo patio, más interior, y mucho más notable que el precedente: fórmase de arcadas de medio punto también, pero soportadas no ya por ligeras columnillas de delgados fustes, sino por otras recias, cortas y facetadas, de abocelado astrágalo, semejante al baquetón que

(1) Refiriéndose á este claustro, cuya labra no excede de la fecha señalada arriba, decía el diligente autor del curioso libro *Huelva y La Rábida*: «aunque carecemos de datos auténticos que justifique nuestro aserto, calculamos que su construcción, aprovechando algo de lo antiguo, datará de poco más de cinco siglos; si bien—añade,—por el transcurso del tiempo, y en distintas épocas, debe haber sufrido la obra alguna modificación» (pág. 132). Los lectores que desearan noticias más detalladas respecto de los dos claustros del Convento, pueden consultar la estimable obra del P. Coll, *Colón y La Rábida*.

cierra por su pie el fuste para constituir característica la basa, la cual estriba directamente sobre el antepecho que cierra el claustro. Allí vuelven á aparecer las huellas del descubridor de las Indias occidentales, cuyas miradas debieron de contemplar todavía muy reciente aquella obra, que, aun deformada, según revela la



LA RÁBIDA. — CLAUSTRO DEL SIGLO XV

perfecta línea de la archivolta en cada arcada, no es sino fruto contemporáneo de la puerta conopial abierta en la portería, correspondiendo por tanto á las postrimerías también del siglo xv. Si en el resto del solitario edificio, cuyos claustros llenan de alegría, de vida y de movimiento las familias que van á visitarle y á pasar en él desde la vecina Huelva un día de regocijo, ó hacen asiento en sus celdas por breve temporada veraniega, no hay ya nada que á época anterior sea lícitamente referible,—en compañía de la puerta citada y del arco que desde el exterior da ingreso á la Casa que fué albergue de franciscanos observan-

tes, «la parte más antigua parece ser» con efecto este «claustro interior del piso bajo, que según la tradición sirvió de morada á los sacerdotes que custodiaban la estatua de Proserpina, hija de Trajano el Magno, que se dice estuvo colocada en el mismo sitio donde hoy está el altar Mayor de la iglesia» (1).

Inútil afanar! Venturosa tradición, cuyo prestigio, autorizado por el lapso del tiempo, llega hasta condenar al silencio las elocuentes revelaciones del edificio mismo! Quién sabe, antes del siglo xv, en que debió experimentar muy sustancial reforma la santa Casa, quién sabe, repetimos, lo que existiría en el emplazamiento de aquel claustro, que fué ó modificado por su estado ruinoso todo él, ó por la adición del piso alto en los comienzos de este siglo (2)! Pero dejando aparte todo esto, y ya que he-

(1) SANTAMARÍA, Op. cit. pág. 132.

(2) El autor del art. publicado en el *Sem. Pint. Español*, y que tantas veces hemos citado, hace constar que en este patio principal existía un azulejo por el cual se declaraba que dicho patio «había sido restaurado en 1804» (pág. 260 del tomo de 1849); por las indicaciones contenidas en dicho artículo, y las publicadas por la Comisión Central de Monumentos en la *Memoria* citada de 1845, véiense en conocimiento de que indudablemente el artículo fué escrito mucho antes de la fecha en que aparece impreso en las páginas del *Semanario Pintoresco Español*, circunstancia que hacemos notar, porque refiriéndose á dicho azulejo incuestionablemente, en 1877 ó 1878, el Sr. Santamaría en su libro *Huelva y La Rábida*, escribe: «No puede servirnos de guía para fijar de una manera segura la época en que se habilitó este edificio para los frailes franciscanos, la inscripción que hemos leído en uno de los ladrillos del piso bajo del primer claustro, que está colocado á la izquierda de la entrada interior de la iglesia, y en el que se rayó, indudablemente con un clavo antes de cocerse el ladrillo, lo siguiente:

«Se hizo esta obra siendo Guardian el padre fray Francisco Romero.
Año de 1303 y 4.»

«Porque,—continúa diciendo el Sr. Santamaría,—ni la ortografía de la inscripción trascrita, ni el estado y forma en que está el referido ladrillo, acusan la antigüedad que expresa» (págs. 132 y 133). Para nosotros está fuera de duda que ambos escritores aluden á un mismo epígrafe; pero con la especialidad el primero,—de cuya buena fe nadie menos que nosotros puede abrigar sospecha,—de que vió dicha inscripción en 1844 ó antes probablemente, mientras que el segundo la ha visto después de la restauración de 1855, y pasado por lo menos un plazo de diez años, durante los cuales debió experimentar las vicisitudes consiguientes al abandono de que era víctima el Convento, vicisitudes por las cuales el 8 de 1803 quedó tan deteriorado y descompuesto que en realidad parecía un 3, resultando en consecuencia una falsificación que evidencian la construcción de la frase, la ortografía, y «el estado y forma en que está dicho ladrillo». Esto sentado, ocurre-

mos vuelto á encontrar las huellas del insigne mareante, apresurémonos á visitar la iglesia, también piadosamente restaurada, y cuya puerta ojival exterior «se destaca de toda la obra, como indicando haberse aprovechado los sillares de granito que la constituyen, de los restos de otro edificio, pues están toscamente asentados con argamasa moderna (1).» Siguiendo por aquel revuelto dédalo de crugías, llégase en efecto delante de humilde puerta interior, practicada la cual se ofrece la iglesia: es esta de una sola nave y de muy reducidas dimensiones. Antes de la restauración, «en su cabeza se veía aún un retablo pobre y modesto, y casi á los lados del presbiterio dos altares consagrados á *San José* y á *San Antonio*, de los cuales habían ya desaparecido los objetos que les servían de ornato.» «Algunos libros de coro abiertos y derramados por el suelo, de donde habían sido arrancadas las viñetas de miniatura que en otro tiempo los decoraron, algunos volúmenes de obras sagradas rotos y comidos de ratones... he aquí cuanto se conservaba en aquel recinto, que en otras naciones recibiría el culto de la admiración y de la veneración más profundas (2)!»

Hoy, completamente restaurada, no presenta semejante espectáculo, mostrando en el ábside ó cabecera, á que da paso un arco apuntado, modestísimo restablo, regalo del Sr. duque

nos preguntar: ¿aludiría al solado del patio en que ambos escritores le vieron? ¿Daría noticia de alguna reforma verificada en el patio? ¿Guardaría memoria de la construcción del piso superior del mismo? Cuestiones son estas á las que no puede darse respuesta satisfactoria, después de la restauración verificada por iniciativa de los duques de Montpensier, en la fecha indicada.

(1) SANTAMARÍA, op. cit., pág. 133. Refiriéndose á esta portada el P. Coll manifiesta que «es de estilo ojival y de bien adecuadas dimensiones, y los sillares de granito de que se compone acusan una grande antigüedad». Por lo demás, y á su juicio, «el conjunto del edificio parece datar del siglo xiii ó principios del xiv, y en el pavimento de la parte baja del primer claustro se ve un ladrillo estuosiamente arrimado á la pared, en cuya superficie se lee con algún trabajo, y poniéndose postrado en tierra», la inscripción ya copiada. El P. Coll ignora «si esto es ó no fehaciente», expresando que «algunos lo ponen en duda, entre otras razones, porque la ortografía no corresponde á la del siglo xiv» (págs. 32 y 33).

(2) Art. cit. del *Sem. Pint. Esp.*, t. de 1849, pág. 259.

de Montpensier, y dentro de la nave, á uno y otro lado del arco referido, que señala el presbiterio, dos altares barrocos. Sencilla y sólida, ofrece desornados por completo los muros que recorre á cierta altura moldurada imposta, y á los pies, labrado de madera como la techumbre, se muestra humilde el coro, soportado por dos columnas enfiladas en el eje longitudinal del templo; y mientras en la segunda y más interior se halla simplemente coronado el fuste por la zapata de madera, la primera es digna de grande estimación y estudio, pues recibiendo la zapata aparece el monumento más antiguo y más interesante de cuantos en el Convento de la Rábida existen: un capitel *latino-bizantino*, que revela por elocuente modo, si no procede de otra parte, pues *también los monumentos viajan*,—el hecho de que durante los días de la dominación visigoda hubo en el emplazamiento de aquel edificio de labrarse otro respecto de cuya índole no es posible resolver nada en definitiva, por no declararla el miembro arquitectónico, que allí se ostenta para denunciar la existencia de una fábrica totalmente desconocida. Y como, según la expresión del insigne Rodrigo Caro «en tiempo de Gentiles, Moros y Christianos, siempre ha sido aquel lugar venerable» (1), y la persistencia de la tradicional consagración del mismo no permite duda alguna, tampoco la consiente el supuesto de que en el área del actual Convento existiría quizá un *Eremitorio*, ó Cenobio, en cuya iglesia invocaban los hispano-latinos de esta comarca la protección divina, contra sus tenaces perseguidores los arrianos visigodos conducidos de una á otra victoria por el belicoso Leovigildo.

¿Fué esta la mezquita ó *mossaldh* de la *rábitha* musulmana? ¡Oh! Si las piedras tuvieran otro lenguaje aún más expresivo del que al labrarlas les imprime el hombre! Si este capitel, en el que nadie ha reparado aún, pudiera decirnos las veces que ha sido removido de su primitivo asiento, y las veces que ha sido

(1) *Chorograph*, fol. 207 vto.

utilizado! Delante de él casi se ha desarrollado la historia de nuestra patria; y labrado para humilde templo ú *Eremitorio*, donde le perfumó el incienso quemado en los altares de Cristo, pasó á escuchar los salmodiados rezos de los devotos islamitas allí consagrados á la oración, como pasó más tarde á la iglesia erigida después de la Reconquista quizá por los templarios, donde, en el siglo xv, acaso obtuviese una mirada del hombre á quien los Reyes Católicos hacían Almirante de cuantas tierras fuesen por él en el Océano descubiertas. Desde entonces, la mano de los restauradores de la Edad Moderna hubo de hacerle presenciar la reforma del templo, como presenció la expulsión de los regulares y el abandono y la ruina del Convento en este siglo, para recobrar por fin en 1855, y sabe Dios por cuánto tiempo, la paz antes perdida.

No es este sin embargo el único monumento interesante, por más que sea el más antiguo, de cuantos en el Convento de la Rábida y en su iglesia existen, pues rodeada por la particular devoción de los naturales, aparece la venerable imagen de *Nuestra Señora de los Milagros*, y con ella la de *Cristo en el sepulcro*, respecto de las cuales llamamos la atención de los lectores, no sin extrañar ingenuamente que de ninguna de ellas se hiciera mención hasta estos tiempos (1). Estimadas una y otra por su antigüedad, que es incuestionable, son reputadas como obra «de los primeros siglos del Cristianismo», bien que, á juicio de los escritores locales, nada prueba «que se hiciesen para este Santuario, pues muy bien,—dicen,—podrían haberse traído algunos

(1) El autor, con efecto, del artículo publicado en el *Semxario Pintoresco Español*, guarda absoluto silencio respecto á ambas imágenes, circunstancia que, dado el carácter investigador del escritor á quien aludimos y la minuciosidad con que declara haber recorrido de todas partes el edificio, nos mueve á sospechar si, siendo propias de la iglesia, permanecían ocultas en algún lugar recóndito de aquél, ó si pudieron acaso ser llevadas allí después de la restauración, cosa ésta que no estimamos verosímil, pues habría constado en alguna parte. Más natural nos parece, que desde la exclaustación hasta la restauración, permaneciesen en la *Iglesia Parroquial* de Palos, de donde fueron en 1855 trasladadas á su casa primitiva.